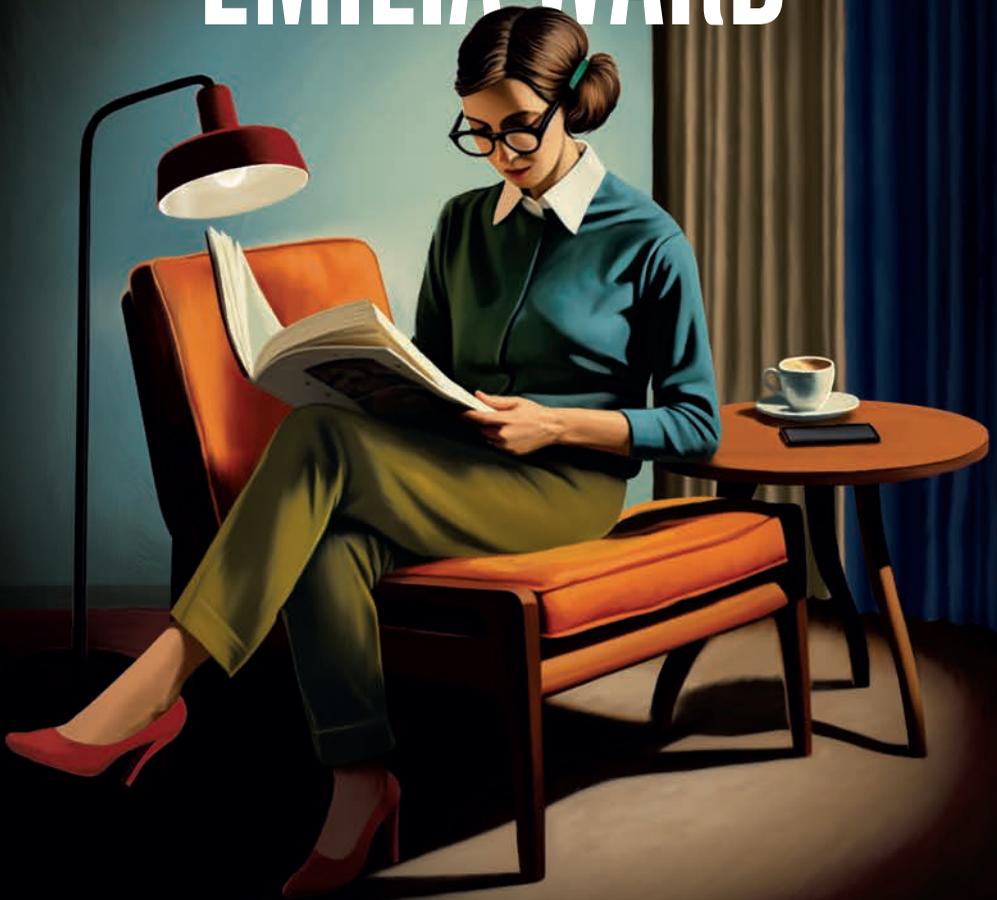


Claire Douglas

El último **CRIMEN**
de la **ESCRITORA**
EMILIA WARD



CLAIRE DOUGLAS

EL ÚLTIMO CRIMEN
DE LA ESCRITORA
EMILIA WARD

Traducción de Milo J. Krmpotić

 Planeta

Título original: *The Woman Who Lied*

© Claire Douglas, 2023

All rights reserved

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28856-5

Dépósito legal: B. 6.068-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Marzo de 2022

Emilia está en el autobús que la devolverá a casa, mirando el cielo encapotado por la ventana y pensando que ha comido demasiado, cuando ocurre.

Un borrón de luces destelleantes y las sirenas atronadoras del coche de policía que pasa zumbando a su lado, seguido de otros dos en rápida sucesión.

No le da demasiadas vueltas. Habrá sido otro accidente. Ya está acostumbrada. A fin de cuentas, vive en Londres y son las 16.45 del viernes, el principio de la hora punta. Se recuesta contra el asiento y se pregunta si podría encontrar la manera de soltarse un poco la cintura de la falda. No debería haber aceptado la tarta crujiente de manzana con crema pastelera. El ejemplar de *Grazia* asoma por la boca del bolso que tiene entre los pies. Lo ha comprado antes de coger el autobús, en High Street Kensington, pero el trayecto está durando tanto y se siente tan confinada que ni lo ha abierto por miedo a marearse.

A su lado está sentada una anciana que lleva en la cabeza un pañuelo estampado de color naranja y que se dedica

a abrazar al perro salchicha de pelaje largo que descansa sobre su regazo. Mientras el autobús se detiene con un resoplido y eructa unos gases que entran por la ventana abierta, la mujer chasquea la lengua, impaciente, y se vuelve hacia Emilia con gesto exasperado.

—Rigsby tendrá que hacer pipí en un minuto.

El perro levanta la cabeza hacia Emilia y le clava sus melancólicos ojos marrones. Ella le dirige una mirada tranquilizadora a la anciana, pero se agacha y mueve el bolso para que quede entre su muslo y la ventana, no vaya a ser que Rigsby decida vaciar la vejiga encima de su querido Mulberry.

Están en Kew Road. No tardarán en pasar por Kew Gardens, pero, a causa de la huelga del metro, las calles están más concurridas de lo habitual. Así que ahí está, atrapada en un autobús con olor a la empanada de Cornualles que está devorando el joven del asiento de delante y bajo la amenaza de la micción de un perro. No ve el momento de llegar a casa y contarle a Elliot la reunión que ha mantenido con su editora. Le ha hecho una llamada breve al salir del restaurante, sobre todo para recordarle que debía recoger a Wilfie de la escuela, pero no ha tenido la oportunidad de contárselo todo.

Estaba tan ansiosa, esa misma mañana... No encontraba su bufanda favorita, la del estampado de piel de leopardo, y luego olvidó dónde había dejado las llaves de la casa.

—Todo irá bien —le dijo Elliot cuando al fin estuvo preparada para salir, y le dio un beso en la mejilla para no estropearle el carmín—. Tú sé sincera, que ella lo entenderá. Al fin y al cabo, se trata de tu carrera.

Así que ha sido sincera..., al menos hasta cierto punto. Hannah, su editora, se ha quedado pálida por debajo del maquillaje cuando Emilia le ha reconocido que quiere matar a la protagonista de la novela que está escribiendo, la décima de la serie. Hannah está embarazada de casi ocho meses y a Emilia le preocupaba la posibilidad de provocarle un parto prematuro. La mujer ha mantenido los elegantes dedos enroscados en torno al vaso de limonada, como si se hubiera quedado paralizada, mientras Emilia le explicaba que quería que el libro número once fuera una novela de intriga independiente y que tenía la sensación de que la historia de la inspectora Moody había llegado a su fin. No admitió que este ha sido uno de los libros que más le ha costado escribir, ni que en un momento determinado llegó a dudar que fuera a ocurrírsele un argumento lo bastante bueno.

Hannah tardó unos instantes en responder. Al final, dijo con voz tensa:

—La serie de la inspectora Moody ha vendido más de dos millones de ejemplares solo en el Reino Unido. Es un riesgo enorme.

Emilia era consciente, claro que sí. Y la aterrizzaba. Pero tiene la sensación de que ha llegado el momento adecuado. Van diez libros en diez años, y escribir *El último capítulo* ha supuesto una lucha constante.

La comida ha acabado con una especie de tregua: Emilia le mandará el primer borrador de *El último capítulo*, que incluye la muerte de la inspectora Moody, y Hannah verá si funciona. Si no es así, Emilia cambiará el final, se tomará un respiro y escribirá algo diferente, pero dejará todo abierto para que su heroína pueda regresar en el futuro.

El autobús sigue sin moverse y lo único que Emilia ve es la fila de tráfico que tiene por delante. Se pregunta si no debería continuar el trayecto a pie, desde allí son solo veinte minutos, pero, si el conductor se niega a dejar que baje, tendrá que regresar avergonzada a su asiento delante de toda esa gente.

La puerta doble de la parte delantera del autobús se abre con un silbido de succión y un agente de policía sube al vehículo. Los pasajeros se callan de inmediato, se miran los unos a los otros con expresión inquisitiva. La anciana inclina el cuerpo hacia la derecha para poder mirar por el pasillo, se vuelve hacia Emilia y le ladra:

—¿Qué hace ese aquí?

Como si ella fuera a saberlo.

—Quizá va a decirle al conductor que ha habido un accidente —contesta educadamente—. O que la calle está bloqueada.

El agente abandona el autobús y el conductor se pone en pie para dirigirse a los pasajeros:

—Discúlpennme todos —dice con rostro rubicundo y una chaqueta que sufre para cubrir su amplia barriga—. Me temo que se ha producido un incidente grave algo más adelante, en esta misma calle. Por desgracia, tendrán que bajarse aquí.

La gente comienza a gruñir y a maldecir. El hombre que tiene enfrente guarda los restos de la empanada en la bolsa de papel. La anciana chasquea la lengua de manera ruidosa y murmura algo sobre la molestia que le representa. Al menos, ahora Rigsby podrá hacer pipí, piensa Emilia mientras la observa dejar al perro en el suelo del autobús

como si el animal estuviera hecho de cristal. Emilia está deseando bajarse, pero espera sentada y paciente a que todo el mundo se ponga en pie y avance arrastrando los pies hacia el frente. En el momento en que pisa la calzada, le suena el móvil.

—Hola, Jas. —Se ha levantado viento y tiene que arrebujarse en la chaqueta de cuero. Ojalá se hubiera puesto algo que la abrigase más. El gentío procedente del autobús se ha congregado a su alrededor y no puede avanzar. Rigsby ha levantado la pata junto a la farola más cercana.

—¿Dónde estás? Wilf está en plan mocososo y Elliot no hace nada para impedirlo, y se supone que papá tiene que venir a recogerme, pero llega tarde y no encuentro los vaqueros de cintura alta.

Emilia respira hondo y se pasa el móvil a la otra oreja.

—Tienen que estar en la secadora... Estoy de camino. Creo que ha habido una especie de accidente.

—¿Accidente?

Emilia percibe el miedo en la voz de su hija. Por debajo de la insolencia y las hormonas, sigue siendo una chica sensible y ansiosa.

—No pasa nada —la tranquiliza—. No me ha afectado, pero me han hecho bajar del autobús.

—¿Puede Elliot ir a recogerte?

Emilia le dirige una mirada a la calle. Los vehículos se alinean casi capó contra maletero en ambos sentidos. Alguien pega un bocinazo, lo que le provoca una dentera instantánea. ¿Por qué hará la gente esas cosas? Con ello no van a lograr que el tráfico avance más rápido. Rodea el

grupo que se ha quedado allí detenido y comienza a avanzar veloz, golpeando el pavimento con los tacones.

—No, no estoy lejos y hay un buen atasco. Será más rápido si voy a pie. —Vacila un instante—. Pensaba que tu padre iba a recogerte a la escuela.

Jasmine resopla al teléfono.

—Parece que le ha surgido algo y he tenido que coger el autocar escolar. Ha dicho que me vendría a buscar a las seis.

Emilia se imagina a su hija poniendo los ojos en blanco mientras habla. Es consciente de que Jasmine mantiene una relación complicada con Jonas.

—Vale, vendré lo antes posible. Y tus vaqueros...

—Lo sé, lo sé. Has dicho que en la secadora. —Hay una ligereza en su voz que le levanta el ánimo a Emilia. Jasmine la tiene preocupada. Los confinamientos durante la pandemia tuvieron un impacto negativo en su salud mental, pero Elliot se ha portado de fábula con ella, ofreciéndole consejo porque él mismo sufrió de ansiedad cuando era adolescente. Jasmine siempre ha sido un poco torpe para las relaciones sociales, pero volver a la escuela para el décimo curso le supuso un desafío especial, y en un primer momento le costó volver a asentarse.

—Si ya te has ido cuando vuelva, que te lo pases de maravilla en casa de tu padre y nos vemos el domingo. Te quiero.

—Y yo a ti —contesta Jasmine, y cuelga el teléfono.

Emilia se guarda el móvil en el bolsillo y acelera el paso. Le gustaría llegar a casa antes de que Jasmine se marche. Piensa en Jonas, su exmarido, y en Kristin, la esposa de

este y su amiga de antaño, jugando a las familias felices con su hija. De alguna manera se las ha arreglado para mantener un contacto cercano con Jonas por el bien de Jasmine, pero no siempre ha sido sencillo. A Kristin le cuesta más perdonarla.

Se cuelga el bolso del hombro. Ojalá se hubiera puesto unas botas de suela plana. Se dispone a girar por una calle lateral cuando repara en el agente de policía con chaleco reflectante amarillo que dirige el tráfico mientras dos camiones de bomberos y varios coches de policía bloquean la calle. Se pregunta qué habrá pasado.